

mano, exprimiendo su odio, su enfermedad y también sus certeras dudas y entonces detrás de él nos reímos con infaltable cautela y ella, ella en el lejano vidrio hincha su garganta y su blusa y saca una lengua adulta y la derrama y un día golpeó la ventana con su radiosa frente y Jiménez se tornó violeta y pulverulento y volteó dos veces la palmada sobre el delgado Anguita, Anguita lloró en seguida piadosamente sobre sí mismo y se escucha el silencio y se sonó ruidosamente, en la casa del lado, muy abajo y muy lejos, sonó acuoso el piano aplastado por la música, la ventana estaba ahora sola y oscurecida. ¿Tengo que escribir todo eso tan verdadero y tan vago?, ¿todas esas mentiras rayadas por pálidas e imprecisas verdades, por pálidos reflejos y antiguos ligeros ruidos que no cayeron con el temblor de agosto? Estamos en el tercer piso ahora, ahora estamos en el salón de ciencias naturales y hace cada vez más frío, tienen media hora para describir el salón rápidamente, hablen del frío que debe sentir el cóndor embalsamado en lo alto del armario y del que debe sentir el esqueleto dentro de la vitrina, lejos de su cuerpo y de su ropa, lejos de sus zapatos, no más de dos páginas, niños, también se tomará en cuenta la ortografía y la letra, por supuesto. Mejor escribiré el argumento de mi pregunta, Manuel, creo que tengo que hacerlo, es como una enfermedad, me estoy fabricando una corta maldición, un ocio persuasivo o una expulsión con ella. Verás que lo hago, lo estoy pensando todo el tiempo y muchas veces, mientras esperaba en el comedor a mi padre, a mi tía, a mis tíos, a mis hermanas que llegaran en la tarde de las monjas, me quedaba como un idiota sosegado, como un idiota asustado, mirando el plato todavía vacío. Vacío de la sopa y de mi pregunta. El plato no es ningún individuo, ni siquiera una persona si no está lleno, ¿te has fijado, Manuel? El plato no sirve para maldita la cosa si no hay algo tangible y específico dentro de él, tiene una forma ansiosa y un desequilibrio espantoso, es seguramente contrahecho, monstruoso, deforme por destino y aplicación, lo imaginaron desolado y hueco, yo creo que Velázquez debió pintar platos verdaderos así como pintaba enanos verdaderos, apestosos, salpicados y descoloridos allá en el barrio o aquí en el salón, el plato es fatal y directo como los enanos, es una forma atroz y pecadora, una idea malvada que se fue ensanchando e hinchando, jubilosa y certera, metiéndose dentro de sí mismo con odio y con regocijo, engrosando el vientre y la cabeza, sin vientre y sin cabeza, lleno de protuberancias y de vacíos y, sobre todo, con ese aspecto fugaz y frágil, apelmazado e inocente, que tiene ahí, botado como un bendito en la mesa iluminada, esperando eternamente, abierto

*hacia la nada, mirando el vacío y el silencio con su ojo tuerto cuando no llega todavía la María, abriéndose con la sopera para echarle humaredas y un poco de carne, de caldo, de sangre, de alma verdadera, llega la María llena de colores fuertes su cara de fruta, pintarrajeada por la vida y la juventud y todo a su lado se va empalideciendo y enflaqueciendo y hasta el plato se ve más blanco y más delgado y la mira clavado con su cuenca vacía y ella va y le echa encima una cucharada grande de humo y él se imagina rápido iglesia, catedral, altar y pebetero, pero nadie se acerca, nadie se acerca todavía porque la sopa está hirviendo. Y aquí aparece mi lejana pregunta, aquí aparece mi tema y mi preocupación, Manuel, ¿te parece que lo escriba? Si no lo escribo ahora, ¿cuándo entonces? Mañana tendré que venir al colegio con mi padre y el padre Escudero o el padre Rolando o el padre Aquiles le dirán ahí, en el salón apenas iluminado, mientras él se barre con disimulo su cuidado bigote de hombre joven todavía, lo que pasa, don Adolfo, es que Carlos, su hijo, este niño es muy difícil, no se comporta del todo bien, es posible que esté enfermo, yo no digo otra cosa, debe estar enfermo, ¿no cree?, ¿quiere se lo llame ahora mismo? Y ahí estaba la sopa, Manuel, servida inmóvil en cada plato y el humo copioso destrenzándose hacia las lejanas molduras de yeso en el techo impecable y blanco, alzándose el humo entre los molinos holandeses que dibujan el papel y me hacen soñar tristezas cuando mi padre a esa hora está en el telégrafo y mi tía en la máquina de coser y allá adentro, junto a la higuera hundida en la humedad, picotea una gallina y me hace acordarme de algunos romances y de los primeros capítulos del Quijote. ¿Por qué te ríes, Manuel? Bueno, el Quijote por lo menos, siempre me ha oído, desde que era pequeño, un poco a gallinero pobre y a mañanas nubladas cuando ya está que cae la lluvia y el viento viene ya en la esquina, ahí en el almacén de los rusos o de los armenios, esos que tienen un hijo con parálisis y él me grita cojeando desde sus fierros para que nos juntemos a fumar cuando sea un poco de noche. Y entonces yo, escuchando esos suaves medrosos ruidos y mirando esas tenues inocentes luces que vienen desde el huerto, entro callado a la pieza, abro un estante que cruje hacia mis manos y voy sacando los libros que trajimos de La Serena, es decir los trajo él tres años después de enterrada mi madre, cuando ya se sentía más solo seguramente y empezaba a verse delgado, lo vi más delgado aquel día en que me llevó donde el médico para que me encontrara enfermo de los riñones y él le dijo este es Carlos y parece que está enfermo, Roberto. Roberto era hijo de mi padrino, que por aquellos años anun-*

ciaba todos los meses su regreso de Río de Janeiro, donde ganaba mucho dinero construyendo casas y levantando puentes, yo lo imaginaba en las noches, enjuto y sudoroso, de color fiebre, en mangas de camisa, junto a los pantanos infectos y espesos, formando poco a poco sus adobes y sus ladrillos de bruces en el suelo, reptando empecinado hacia los salones y los dormitorios para no despertar a las serpientes y a los cocodrilos, sacando una casa chorreante del río y de la manigua, una casa enorme y vacía que iba creciendo y resonando en la selva, cimbreándose en los temporales allá arriba junto a las copas silenciosas de las higueras y de los baobabs y él agarrado a las ramas, agarrado sollozando a las ramas, pegando sus bigotes lacios a las hojas y las lianas que barnizaba la lluvia y que le colaba a él por las espaldas, se iba deslizando por el aguacero, echando su llanto y sus sollozos en el agua y empezaba a juntar un puente de cañas tembloroso en los pantanos, un puente blanco y peligroso que rayaba la oscuridad y él iba trepando por los escalones que formaba y empujaba y se iba tornando pequeñito y enjuto y cada vez más visible y lanzaba cartas clamorosas y sensatas por lo alto de los arcos y de los fierros y mi padre se sonreía soñador y miraba a Roberto. ¿No ha escrito Aurelio, cuándo por fin se viene? Y ellos dos se quedaban quietos, trágicos y tristes mientras el silencio subía de las alfombras y les entraba por la boca y por los ojos y los iba llenando y yo me vestía avergonzado y frágil en el piso diez y sentía allá abajo sonar la ciudad en la plaza salpicada de luces ahora, ¿en el hospital, en el hospital del Salvador?, decía mi padre y se iba echándome por delante de su sonrisa detenida y pesarosa y ya abajo, en la calle, en los acacios de la plaza, me cogía especialmente de la mano y aquel gesto suyo, tan repentino, tan espaciado, tan súbito y sorprendente me llenaba de zozobra y pena y me daba cuenta de que debía estar yo realmente muy fatal y enfermo. Ayer al mediodía, mientras la María ya se había ido para la cocina con la budinera y todos esperábamos sentados junto al mantel, me fijé en eso, en esa insignificancia tan evidente, Manuel, y no creas, no tuve nada de miedo ni de sospecha, pero tú y el padre Escudero, cuando sale sonriente y más joven y fanfarrón de los libros, creo que me entenderían, pensaba que el mundo estaba comenzando recién, ahora mismo, pero no aquí encima, a la simple vista, por esta calle, por estas casas y esta gente, sino de un modo más mejestuoso y más verdadero, sobre todo más peligroso, pero no había peligro de muerte, de accidente ni de enfermedad o desgracia en esto, no, por Dios no, sólo positivamente más peligroso y misterioso, ¿cómo decírtelo, cómo decirlo ahora mismo para no

*ser farsante mentiroso o torcedor? Como si desde entonces, desde aquel tiempo en que Cristo Jesús formuló su inútil pregunta, desde que dibujó su signo de interrogación con su cuerpo hecho pedazos y lo subrayaba con sus pies, con sus dos pies y el punto que en ellos amarraba y profundizaba el clavo, ¿te das cuenta?, como si desde entonces el mundo se hubiera quedado clavado y detenido, como un coche viajero que de repente no va a ninguna parte, paralizado en la esquina, aquí en la esquina de la vida, esperando que se termine de formular la pregunta, que aparezca el otro sangriento crucificado, el que todavía falta indispensable para que termine de desenredar el problema, resquebrándolo, remeciéndolo, estremeciéndolo, partiéndolo de arriba abajo con un grito, con una pregunta total que no era sino eso, una pregunta hecha con palabras y sin palabras, pronunciada por la carne, por la carne atónita y cautelosa, la carne que el ovidio echa a volar, pero que tenía dentro todo el mundo, la estabilidad del mundo, la conformidad del mundo, este espantoso equilibrio limpio del mundo, que, sin embargo, no corresponde. Sí, me di cuenta de eso entonces, Manuel, de eso tan simple y tan miserable, que la sopa estaba servida ahí en el plato, ahí en la mesa, junto a la silla, que la sopa estaba hirviendo frente a nosotros y que ninguno nos acercábamos, no bajábamos hasta ella para beberla, por que no se transformara y transmutara ante nuestras miradas que se iban por el humo, era una sopa prohibida, apestosa, igual que envenenada, cargada de amenazas y de dolor y probablemente de una maldita enfermedad, ella y su zona eran un sector apartado y proscrito, ya que me fijaba cada vez más, el mismo aire alrededor de ella estaba también contaminado y cerrado para nosotros por ahora, por esos minutos largos e interminables que había que esperar. al lado afuera del plato, de la sopa, del humo que echaba hacia arriba sus límites, sus señales y sus prohibiciones, por eso parecíamos tiesos y engomados, embalsamados y dignos y nada de urgidos y estomacales, nada de interesados en el apetito y el vergonzoso hambre, en el comedor y en el plato, elucubrando vacíos especiales e indiferentes allá arriba en el techo, ahí en la pared junto a la donosa aldeana que va y viene inútil del molino, sin trigo y sin molinero, rezando un rezo laico y rural y algo corrompido, algo visceral y legalmente sucio, como para que nos pintara Velázquez definitivo junto al primo asqueroso y horrible y a la menina fea y pecaminosa. ¿No crees, Manuel, que allá en el espejo en que se asoma él mismo en la otra pieza pudo pintar el pintor una esquina de mesa y un plato de sopa hirviendo y un par de caras ansiosas, de bocas infames, de hambres enloquecidas disimulando y esperando*